

La comunicación en la re/construcción de las ciudadanías política y culturales

Los Estados varían, por supuesto, en su habilidad para penetrar en cada una de las grietas y rincones de la vida cotidiana...los fracasos de los Estados-nación para definir y contener la vida de sus ciudadanos están inscritos en letras mayúsculas en el galopante crecimiento de las economías informales, los ejércitos y los policías privados y semi-privados, los nacionalismos secesionistas y en toda una variedad de organizaciones no gubernamentales que proveen una serie de alternativas al control nacional de los medios de subsistencia y justicia.

Arjun Appadurai, *La modernidad desbordada*

Para Juan Ramón, Abraham y Christopher, presos injustamente por el delito de ser jóvenes.

A partir del 11 de septiembre de 2001, el mundo no es el mismo. Más allá del acontecimiento en sí mismo, la implosión de las torres gemelas, constituye la evidencia, contundente, de que la sociedad moderna ha sido alcanzada por sus propias contradicciones o utilizando las palabras del historiador inglés Eric Hobsbawm, "hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica".

Así, el ataque terrorista en territorio norteamericano es un síntoma que opera como un revelador de un conjunto de procesos sociales "más profundos" cuya complejidad y magnitud apenas están dibujándose.

De este entramado de sucesos, imágenes y discursos, me interesa colocar tres asuntos, como una plataforma desde la cual pensar la relación entre comunicación y la ciudadanía.

En primer término, lo que tiene que ver con la globalización como fuerza que replantea no sólo las relaciones económicas entre países sino, de manera especial, como un modelo que pone a discusión la idea del Estado nación, cuya reconfiguración resulta clave para pensar la ciudadanía; en segundo lugar, la circulación planetaria de imágenes, cuya ubicuidad e instantaneidad, ponen de manifiesto la consolidación de un nuevo espacio público global que se vincula al nuevo poder de representación y en tercer

Rossana Reguillo
Profesora-investigadora del
Departamento de Estudios
Socioculturales, ITESO, Guadalajara,
México.

término, la relación entre el endurecimiento creciente de los poderes frente a la emergencia de una ciudadanía local-globalizada que demanda cuidadosos análisis.

Esta discusión tiene un punto de partida, el convencimiento –compartido por muchos– de la necesidad de un pensamiento "postdisciplinario" que sea capaz de poner en diálogo los saberes que provienen de disciplinas diversas. El agotamiento de los acercamientos cerrados y unívocos, se vuelve evidente en la escena del siglo XXI donde cada vez resulta más complicado sostener la especificidad sin perder la totalidad o al revés. La comunicación en tanto campo de saberes y de procedimientos, está hoy, más que nunca, llamada a convertirse en una ciencia de frontera.

Por ello, intentaré colocar algunos elementos para pensar la ciudadanía desde la comunicación y, de manera especial, la comunicación desde la ciudadanía.

El debate: ciudadanías y poder

A lo largo de la historia reciente (siglos XIX y XX), una de las tensiones constitutivas de la sociedad, es la que representa la necesidad de un Estado rector lo suficientemente fuerte para regular y arbitrar en el conflicto social y la generación de instrumentos y procesos organizativos que acoten al mismo tiempo el poder absoluto del Estado.

La ciudadanía es una categoría clave que se levanta precisamente como una mediación que por un lado, define a los sujetos frente al Estado nación y por el otro, protege a los sujetos frente a los poderes del Estado. Se trata pues de un complicado y delicado mecanismo (no estático) de derechos y obligaciones, que sirve en primer término para pautar las reglas del juego social, cuyo sentido es mantener el equilibrio entre la libertad y la seguridad.

Se puede afirmar que "definición y protección" constituyen el núcleo de la idea

de ciudadanía. "Definir" alude al establecimiento de un sistema de clasificación que atribuye cualidades y caracteres de algo o de alguien, que son indicados de manera clara y precisa. Ser ciudadano es entonces pertenecer a una "clase" de cualidades y características que han sido establecidas, regularmente, desde el propio Estado.

La comunicación en tanto campo de saberes y de procedimientos, está hoy, más que nunca, llamada a convertirse en una ciencia de frontera.

Tres modelos de ciudadanía han venido rigiendo en la historia contemporánea, en términos laxos: la ciudadanía civil, bajo la que quedan englobados o definidos todos los habitantes dentro del territorio del Estado-nación; la ciudadanía política que establece otras definiciones, al elevar a la condición ciudadana sólo a aquellos individuos que reúnen ciertas características: la edad, un "expediente" limpio, y en un principio, el género; y, finalmente, la ciudadanía social, que aparece en la fase del Estado de bienestar y que, vinculada a la civil, otorga a todos los miembros del Estado nacional, un conjunto de beneficios sociales como la educación, la salud, la vivienda, etc.¹

Sin embargo sabemos que aunque esta definición en el papel es impecable y obedece a una lógica más o menos incluyente, por la vía de los hechos, ha generado terribles y dolorosas exclusiones e injusticias.

Porque si la dimensión civil asume como definición de ciudadanía a todos los miembros de un territorio nacional, las evidencias empíricas que señalan la extrema vulnerabilidad de ciertos grupos sociales frente

a la nación; en términos históricos principalmente los indígenas y actualmente, los indígenas, los grupos homosexuales, las minorías religiosas, los jóvenes, las mujeres, entre otros. Así el derecho ciudadano por la vía territorial, es un criterio siempre en fuga que se vincula a la marginación y a la exclusión de grupos que no se consideran –desde la lógica dominante- merecedores de la definición ciudadana; situación que hoy se agudiza y se complejiza en virtud de la ola acelerada de migraciones planetarias, asunto sobre el que volveré más adelante.

Y en el plano de lo político, la situación no es mejor. Si esta dimensión se define especialmente por el derecho a la participación en los asuntos de interés colectivo (lo electoral es su piedra angular), resulta ampliamente documentable que en este nivel se agravan los procesos excluyentes de la dimensión civil, al excluir del ámbito de las decisiones y de las participaciones a los sectores vulnerables cuya capacidad de acción pública se ve reducida por la organización partidista y corporativa que no logra admitir la esfera de las diferencias culturales como un elemento sustantivo para la decisión y participación política. La cuestión de género, las adscripciones religiosas, las complejas pertenencias culturales, son por un lado invisibilizadas en la fase política de la ciudadanía y por el otro, son homogeneizadas por las maquinarias partidistas. En este nivel, ser ciudadano, más allá de la emisión individual del voto, equivale a fundirse (y desaparecer) en un sistema sectorial poco propicio para la inclusión de la diferencia.

La ciudadanía social, es sin duda, la más golpeada de todas estas dimensiones. Las políticas económicas neoliberales aunadas al fortalecimiento de la lógica del mercado y al entreguismo, no necesariamente siempre perverso, de los Estados nacionales a estas políticas y lógicas, han terminado por reducir al límite de lo tolerable, las políticas públicas destinadas a brindar, aunque sea mínimamente, el acceso a ciertas garantías sociales, fundamentales para sobrevivir a las

condiciones que impone el libre comercio y el debilitamiento del Estado. La pobreza, las precarias condiciones de salud, la falta de escolaridad, el desempleo, la violencia y la inseguridad, pueden ser leídos como síntomas graves, del repliegue del Estado-nación que abandona a su suerte a los más vulnerables, que son los no-ciudadanos, los cuerpos prescindibles, la molestia permanente de cara al triunfo de un proyecto que sólo considera "ciudadanos" a los que pueden hacer frente

En este nivel, ser ciudadano,
más allá de la emisión
individual del voto, equivale
a fundirse (y desaparecer)
en un sistema sectorial poco
propicio para la inclusión de
la diferencia.

al consumo y acatan dócilmente los mandatos de los "nuevos" poderes.

A estas dimensiones hoy se añade, lo que desde el análisis cultural de origen chicano² se denomina "ciudadanía culturales", que colocan en el debate aspectos que no fueron considerados en las otras dimensiones, la cultura como plataforma para la ciudadanía o en otras palabras, la consideración de las pertenencias y adscripciones de carácter cultural como componentes indisociables en la definición de la ciudadanía. Esta cuarta esfera o nivel, que aparece como un tema de discusión en la era de la sociedad global, tiene de un lado, la ventaja de volver visibles los olvidos y exclusiones de las etapas civiles y políticas en la configuración de lo ciudadano y, de otro lado, su irrupción en el debate ha permitido proyectar hacia el futuro los desafíos a los que habrá de enfrentarse la reconfiguración de la ciudadanía en el contexto de las migraciones

El debilitamiento de los Estados nacionales y el aumento de los flujos de personas, bienes e información, colocan una de las contradicciones fundamentales del momento: la relación entre el poder del Estado y la ciudadanía.

masivas y de las diásporas que se diseminan hoy a lo ancho del planeta.

El tema resulta sumamente complejo, tanto por la multidimensionalidad de factores involucrados, como por la "inestabilidad" en la escena político-social y la velocidad con la se están definiendo y redefiniendo lo que habrá de ser el proyecto o modelo societal del futuro. Las claridades son pocas y la incertidumbre es, paradójicamente, la única estrategia "sólida" para pensar en lo contemporáneo.

El debilitamiento de los Estados nacionales y el aumento de los flujos de personas, bienes e información, colocan una de las contradicciones fundamentales del momento: la relación entre el poder del Estado y la ciudadanía.

Si de un lado hay suficiente evidencia para documentar el repliegue del Estado nacional de sus responsabilidades sociales, lo que contribuye a ensanchar la indefensión y vulnerabilidad de numerosos sectores de la sociedad a los que no les basta el cobijo de un territorio nacional ni los alcanza el beneficio de una política social compensatoria, es, de otro lado, constatable la precariedad en la que se encuentran los millones de migrantes que son vistos como amenaza en la comunidad de destino o "de adopción" y vistos como estorbo patológico en la comunidad de origen. ¿Quiénes son los ciudadanos hoy?

¿Cómo pensar la ciudadanía en este contexto y como acercarse al papel de la comunicación como pensamiento y como

práctica en una sociedad que se debate entre la aceptación y la inclusión de la diversidad y el rechazo autoritario y excluyente de todo aquello que ponga en peligro la precaria estabilidad del locus.

Para intentar despejar estas interrogantes, me parece fundamental, primero colocar la discusión entre las dimensiones de lo público y de lo privado.

La pesadilla orwelliana

La definición de lo público ha sido siempre complicada. Desde ciertas perspectivas, lo público corresponde a lo estatal frente a lo privado que representa el ámbito de la sociedad; otra acepción del término, atribuye a lo público la cualidad de lo "publicitado", lo que es del dominio de todos, frente a lo privado que corresponde al mundo íntimo; público también se utiliza en su asociación con el espacio para referirse al territorio (real o virtual) cuyo acceso generalizado debe estar garantizado por el Estado, frente al espacio privado, que se distingue por un conjunto de normas y restricciones bajo el control de un grupo particular.

Pero lo que une estas diferentes acepciones, es que todas aparecen para definir y limitar el poder del Estado en cuestiones claves para la libertad y bienestar de la sociedad. Por ejemplo, de la figura de un poder totalitario (por ejemplo, el señor feudal) que controla hasta los pensamientos de sus ciudadanos, poco a poco se transita a un modelo en el que los asuntos vinculados a la moral, a la sexualidad, a la religiosidad, es

decir al mundo de las creencias y opciones personales queda protegido de la intromisión y vigilancia del Estado, que sólo habrá de regular, vigilar e intervenir en aquellos asuntos de interés colectivo que por su carácter se consideren "públicos", es decir del dominio de todos, válido para todos, compartido por todos, en beneficio o perjuicio de todos. Lo privado es entonces una protección frente al ojo vigilante del Estado y una garantía fundamental vinculada a las conquistas sociales en torno a la democracia.

Lo público, es, sin embargo, una dimensión que determina la "salud" de una comunidad comprometida consigo misma para equilibrar y garantizar que todos sus miembros gocen de los mismos derechos y beneficios. Por ejemplo, el acceso irrestricto al espacio público: plazas, parques, ciertos edificios, la calle (el signo de lo público por excelencia), derecho que no puede ser violado por motivos de pertenencia a una religión, a un estrato socioeconómico, a una etnia o por razones de edad o de apariencia. Garantizar este derecho le compete a la autoridad. Vemos, sin embargo, que una política excluyente avanza, sin ningún pudor ni silencio para expulsar de la calle y de la palabra pública a los no-ciudadanos, los pobres, los indígenas, los jóvenes. Lo público pierde así su condición de espacio de encuentro y de conversación entre los diferentes que constituyen una sociedad. Y el Estado insiste en invisibilizar a los muchos y restringir la condición de ciudadanía a un conjunto de parámetros formales que se agotan en los procesos electorales.

De cara al espacio privado (que no es lo mismo que la privatización del espacio que avanza de manera preocupante, por ejemplo

en el cierre de colonias y barrios residenciales), es importante considerar que los diferentes grupos sociales, empresarios, educadores, comerciantes o particulares, tendrán también el derecho a establecer los mecanismos de control y restricción de acceso, no sólo frente a la autoridad, sino frente a otros grupos sociales.

Las fronteras que separan lo público de lo privado, son sutiles, por ello mismo los instrumentos legislativos han buscado establecer con cierta precisión los límites de la actuación del Estado. Las constituciones son eso, un instrumento rector que define y le da marco legal, a las reglas de un juego que no puede ser cambiado arbitrariamente en beneficio del poder.

Cuando se acrecienta la crisis y el conflicto social, cuando la sociedad da muestras de descontento y establece mecanismos de protesta y de resistencia tanto a nivel local como global, lo primero en verse amenazado es la frontera entre lo público y lo privado.

Una ecuación simple y no por ello reductora, podría formularse de la siguiente manera: a mayor debilidad del aparato de Estado, mayor intromisión en los asuntos de carácter privado; o en otras palabras cuando lo público pierde esa condición por el exceso de controles que impone un poder temeroso de su propia debilidad y preocupado por su falta de legitimidad, se las arreglará para intervenir y controlar el ámbito de lo privado, en tanto le asusta que "lo privado" pueda convertirse en una fuente de amenaza para su debilitado control. El autoritarismo no es signo de fuerza sino de debilidad.

El riesgo que las sociedades enfrentan de

Lo público, es, sin embargo, una dimensión que determina la "salud" de una comunidad comprometida consigo misma para equilibrar y garantizar que todos sus miembros gocen de los mismos derechos y beneficios.

manera más clara a partir del 11 de septiembre de 2001, es el del desdibujamiento de la frontera entre lo público y lo privado. Este riesgo es la anticipación de la pesadilla orwelliana y la posibilidad de convertir la sociedad en la casa del "Big Brother", sometida al ojo todopoderoso de un poder que se autoadjudica el derecho a intervenir no sólo en las acciones (privadas) de los ciudadanos, sino en la anticipación de "sus malos pensamientos" y de manera más grave, la potestad absoluta sobre la vida de los ciudadanos, inermes frente a la actuación omnipotente del Estado.

para dar cuenta de un "fenómeno". Quisiera proponer aquí la operación inversa y tratar de plantear una agenda de preguntas que desde la ciudadanía, pueden formularse al estudio y a la práctica de la comunicación en un mundo globalizado.

Me voy a servir para ello de algunos relatos.

Imagen 1: La disputa por el "globo"

Cuando en 1999 en Seattle se hizo visible a la globalización como destino fatal e inexorable. Enfrentaba por primera vez una resistencia organizada que no había sido

El riesgo que las sociedades enfrentan de manera más clara a partir del 11 de septiembre de 2001, es el del desdibujamiento de la frontera entre lo público y lo privado.

La tentación autoritaria está ahí, a la vuelta de la esquina. Abrirle la puerta por el temor que genera una sociedad cambiante, diversa, perseguida por "nuevos" problemas como las drogas, la delincuencia organizada, la violencia, la exposición constante a otros modos de vida, la inmigración, la pobreza, los cambios en los patrones estéticos, entre otro variado y complejo conjunto de acontecimientos que irrumpen en la escena del siglo XXI, es arriesgar lo fundamental: la posibilidad de un equilibrio social basado en un espacio público vigoroso y al mismo tiempo respetuoso de la privacidad y de la diversidad.

Este es un contexto, sin el cual la discusión en torno a la ciudadanía, es un debate hueco y carente de referentes.

Pensar la comunicación desde la ciudadanía

En términos generales, desde la academia hay una fuerte tendencia a colocar primero el conjunto de conceptos y categorías que con carácter comprensivo y explicativo se usan

fagocitada por ningún partido político y articulaba una participación diversa, desde el principio nada complicado de "me represento a mí mismo o a mí misma", las brújulas etiquetadoras se dislocaron: "los protestantes" no eran ni miembros de partidos políticos, ni líderes obreros o campesinos, ni perversas feministas, ni famosos sindicalistas, sino en su mayoría, apenas "ciudadanos de a pie", de esos que el poder descalifica y a la televisión le dan flojera. Y los grandes medios de comunicación, fanáticos del pensamiento simple y del trabajo de escritorio, se lanzaron a la fabricación, primero, de la teoría del complot que buscaba en "medium shot", con la consecuente pérdida de los detalles (los micro-encuadres nunca han sido la fortaleza de los medios, especialmente de los electrónicos), a los maquiavélicos cerebros que habían orquestado tan inesperada aparición. Los datos vinieron a confirmar que el mecanismo de convocatoria, no había sido una clave cifrada, ni un santo y seña staliniano, sino apenas una página en Internet y un sistema de redes y de lista de correos. ¡Oh

sorpresal La globalización tomaba otro giro y la sociedad estaba entonces aprendiendo a servirse de las fisuras y de los mismos instrumentos del sistema.

Vino entonces, la necesidad urgente de referirse a "los protestantes" de algún modo, porque en "la tele" lo que no tiene nombre no vende y me cabe el dudoso honor de ser la compatriota del artífice de la denominación (en aquellos tiempos el presidente de México), Ernesto Zedillo, que acuñó el célebre epíteto de "globalifóbicos" para bautizar a los manifestantes en la reunión de Davos en el 2000, sin imaginar que hacia su aportación a la historia de las simplificaciones y proporcionaba a los ávidos medios, un vocablo poderoso, por sintético y estigmatizador, para referirse a la emergencia de una ciudadanía globalizada.

A partir de entonces, desde la CNN,

La "intromisión" de la
ciudadanía como
dinamizador de la acción
(política y comunicativa)
obliga a replantear la teoría
que sobre los sujetos sociales
ha sido elaborada desde la
comunicación.

centro difusor de la ideología neoliberal, "globalifóbicos" se convirtió en sinónimo de "necedad" y en la forma de nombrar y hacer visibles solo los "desmanes", los excesos de esta tribu global, pero haciendo desaparecer de la esfera pública, el discurso, las propuestas, los análisis presentados.

A partir de este relato, se configuran una serie de preguntas centrales:

1.1) La emergencia de nuevas formas de protesta y resistencia frente al orden global, demandan de la comunicación la elaboración de nuevos instrumentos de análisis y de propuestas conceptuales, capaces de superar los acercamientos tradicionales a las llamadas audiencias o públicos. La "intromisión" de la ciudadanía como dinamizador de la acción (política y comunicativa) obliga a replantear la teoría que sobre los sujetos sociales ha sido elaborada desde la comunicación³.

1.2) Expresiones sociopolíticas de esta naturaleza, lanzan el reto de un análisis fino tanto de los instrumentos como de los códigos a través de los cuales se expresa esta ciudadanía. Quizá, en el conjunto de las ciencias sociales, la comunicación está mejor "equipada" que sus parientes cercanas: la sociología, la politología o incluso, la antropología, para elaborar el análisis de la relación entre discursos y técnicas, dimensión clave y constitutiva de los nuevos movimientos tanto sistémicos como antisistémicos⁴.

1.3) Ante la complejidad de esta emergencia –una ciudadanía globalizada, que se resiste a la definición desde los parámetros de un territorio nacional-, las preguntas para la comunicación se complejizan en la medida en que:

1.3.1) resulta evidente que ya no es posible mantener la investigación en el plano de lo local autocontenido y autodefinido.

1.3.2) es necesario abrir el análisis al contexto histórico y sociopolítico, no como una serie de "datos" más o menos relevantes, sino como componentes indisociables del análisis sociocultural de la comunicación. Hoy como nunca el contexto es parte del texto social.

1.4) Y quizás, la dimensión más preocupante, es que los modos en que estas expresiones están siendo construidas-representadas por los grandes medios de comunicación, desafían a la comunicación de dos formas: como proyecto de investigación capaz de desmontar los mecanismos a través de los cuales se simplifica, se estigmatiza, se sataniza a los actores sociales; y como

proyecto político capaz de colocar visiones alternas, complejas e historizadas a los acontecimientos actuales.

Imagen 2: La lucha por la visibilidad

En la última década del siglo XX, se reactivó y al mismo tiempo se reformuló el problema y el debate en torno a lo indígena en América Latina. No son pocos los países (México, Ecuador, Perú, Colombia, principalmente) en los que buena parte de la agenda política se concentró en la reemergencia de lo indígena como un tema "nacional" de importancia crucial en la redefinición de la modernidad y la discusión sobre las políticas públicas. Pero más allá (o más acá, según se vea) del análisis conceptual, lo que me interesa aquí es señalar, la nueva visibilidad del "relato indígena" y su relación con el tema de la ciudadanía.

En el caso mexicano (pensado casi siempre como "paradigma" del mestizaje), la irrupción, en 1994, de los indígenas zapatistas, lanzó dos desafíos al Estado y a la sociedad mexicana. La consigna "Nunca más un México sin nosotros", que levantó el Ejército Zapatista, trajo consigo la evidencia de las exclusiones y las desigualdades en las que se asentó el proyecto nacional; colocó como un tema ineludible el sistema de distribución inequitativa en el acceso a la ciudadanía.

Lo novedoso de su lenguaje, de los símbolos y de las estrategias comunicativas, empleados en su lucha, como formas discursivas complejas, consolidó, lo que a mi juicio se había venido dibujando como una de las características más fuertes de los nuevos movimientos sociales: lejos de estar interesados en la toma directa del poder, se trataría de favorecer otras formas de ejercicio del poder.

De este analizador, se desprenden también preguntas claves para la agenda de investigación en comunicación.

2.1) En primer término me parece que uno de los ejes sustantivos para la investigación en comunicación en los años por venir, está vinculada directamente a los dispositivos y

estrategias de producción de visibilidad en un doble sentido: como producción de visibilidad (acceso al espacio público en condiciones equitativas de enunciación) desde los propios movimientos sociales: los cacerolazos o los piqueteros en la Argentina, constituyen un ejemplo inmejorable de lo que quiero decir. Aquí lo que estará en juego es en qué medida los movimientos sociales serán capaces de generar las condiciones para dejar de ser

En otras palabras, se tratará
de generar estrategias
(conceptuales y
metodológicas) para trabajar
en los espacios intersticiales
entre continuidad y cambio.

"rehenes de la fotografía" que los medios producen sobre ellos. Y, en segundo término, el conflicto con los poderes propietarios que controlan la esfera pública, del Estado al mercado, cuyas lógicas (diferenciadas) tenderán cada vez más a la descalificación de las reivindicaciones sociopolíticas de los movimientos, en la medida en que la invisibilización, en el contexto de la sociedad de redes será crecientemente difícil.

2.2) La reemergencia en la escena pública de lo que llamaré aquí "identidades históricas", aunadas al surgimiento de "nuevas" identidades, demandará de la comunicación un esfuerzo analítico de doble vía: la necesidad de historizar de manera ineludible el acercamiento a los fenómenos contemporáneos y la capacidad para enfrentar, analíticamente hablando, el acontecimiento irruptivo. En otras palabras, se tratará de generar estrategias (conceptuales y metodológicas) para trabajar en los espacios intersticiales entre continuidad y cambio.

2.3) Y finalmente, en lo que toca a este "relato", me parece que una pregunta urgente, es pensar si es posible hoy día de hablar de ciudadanía al margen de la existencia en el espacio público, lo que significa al margen de los medios de comunicación. Lo que quiero señalar es que si el tema de la "ciudadanía indígena" logró sacudir el piso político y cultural de los proyectos nacionales, donde se han venido discutiendo estos asuntos, fue porque muchos de los movimientos indígenas lograron construir la relación entre visibilidad-enunciación-ciudadanía.

que han sido sometidos los jóvenes en nuestras sociedades.

El domingo 12 de mayo, más de cinco mil jóvenes, tomaron la plaza central de la ciudad (frente a Palacio de Gobierno) para una jornada de protesta musical, en la que se intercalaron discursos con música electrónica (house, progressive, trance) y mucho, mucho baile.

Pero más allá de este acontecimiento inédito –la movilización de los jóvenes– lo que interesa colocar aquí es la relación entre ciudadanía, "comportamiento" y narcotráfico. Bajo el pretexto de buscar drogas, las

El analizador me parece complejo y sumamente potente para los temas que aquí nos interesan.

Imagen 3: La negación de la ciudadanía

La madrugada del 4 de mayo de 2002, alrededor de 200 policías de diferentes corporaciones irrumpieron en una fiesta electrónica que convocaba a 1500 jóvenes en las afueras de la ciudad de Guadalajara. Equipados con armas largas, toletes, escudos, cascos y perros sin bozal, obligaron a los jóvenes a tirarse al piso boca abajo y permanecer en esa posición por casi tres horas, en lo que revisaban con lujo de violencia a los asistentes. Golpes, insultos, manoseos, fueron la tónica de un operativo en el que se decomisaron 366 tachas o éxtasis, 174 pastillas psicotrópicas, 620 gramos de marihuana y 13 pipas. La policía arrestó a 25 jóvenes, de los cuales, tres permanecen aún en la cárcel, acusados de narcotráfico.

Fue la presencia de varios fotoperiodistas y la indignación de los jóvenes que llevaron su protesta a la Comisión Estatal de Derechos Humanos, a los medios de comunicación y a la plaza pública, lo que generó un importante debate en torno a los derechos humanos, al abuso de autoridad y a la satanización a la

autoridades locales descargan la fuerza del Estado sobre jóvenes en situación de indefensión (en una maniobra que hace pensar en la hipotética Francia de Le Pen) y bajo el supuesto de que estos, los jóvenes, no serán capaces de responder políticamente a la acción. Ante la protesta generalizada y la "mala prensa", las autoridades lejos de responder políticamente, acuden al argumento moral sobre los comportamientos "desviados" de los jóvenes y en esa respuesta, se busca justificar la violación a los derechos humanos que deberán subordinarse a lo que el gobierno decide que debe ser el joven ideal.

El analizador me parece complejo y sumamente potente para los temas que aquí nos interesan.

3.1 De nueva cuenta el problema de la visibilidad. El acontecimiento señala que los medios de comunicación como dispositivos de registro de la realidad, juegan (pese a sí mismos) un papel crucial para generar contrapesos al poder del Estado. El ojo vigilante de los medios representa un muro de contención, que aunque inestable y precario, obliga a la autoridad a re-considerar ciertas

acciones. Frente al abuso desmedido de la violencia institucionalizada, los medios, junto con importantes instancias derivadas de la democratización en América Latina, constituyen espacios de capital político para impulsar las luchas ciudadanas.

3.2 La yuxtaposición de las esferas de la ciudadanía (en este caso, política y civil) genera de un lado confusiones para pensar en quién es el sujeto ciudadano, es decir quién es el sujeto de derechos y obligaciones del pacto social y de otro lado, provee de "justificaciones" para el abuso de la autoridad. Desde el punto de vista civil, los jóvenes aludidos, son mexicanos; pero desde el punto de vista político, la apuesta –errónea– de la autoridad fue que en esa fiesta no había "ciudadanos", sino "menores de edad". Pero los "menores de edad" fueron capaces de presentar denuncias y de plantarse frente a la autoridad y, además, el mayor número de asistentes a esa fiesta tenía más de 18 años, es decir, eran "ciudadanos con credencial para votar". Tratando de trascender el plano de lo anecdótico, me parece que lo sustantivo estriba en el hecho de que acontecimientos como el relatado, son indicios que pueden permitir avanzar la agenda de investigación en comunicación de cara al análisis, reconocimiento y desmontaje de los "modelos" de ciudadanía implícitos en los discursos sociales tanto de las autoridades como de la misma sociedad.

3.4 Un asunto importante lo constituye la "moralización" del espacio público, derivada de los neopopulismos y rechazación que avanza en Latinoamérica. Hay ahí un tema relevante para la investigación.

3.3 Pero quizás, lo más llamativo y lo más esperanzador de este caso, estriba en la ratificación de que es en los territorios de la cultura, donde hoy día, numerosos movimientos sociales, no sólo los jóvenes, están dando la batalla política en nuestras sociedades. La culturalización de la política, levanta como dimensión crucial tanto para la

agenda de investigación como para la vida, la idea de una ciudadanía cultural, capaz por un lado de incorporar las dimensiones anteriores (civil, política, social) y al mismo tiempo de constituirse como un espacio de resolución del conflicto principal que enfrenta y enfrentará la sociedad del siglo XXI, la inclusión de la diferencia en condiciones de igualdad.

Con estos tres relatos, uno de carácter global, otro nacional y uno local, he tratado de aportar algunos elementos para la agenda tanto política como de investigación de cara a un proyecto comprensivo de la comunicación que no puede restringirse simplista y cómodamente al estudio de los medios. Parafraseando a Wallerstein "abrir las ciencias de la comunicación", pasa por abrir la reflexión a la complejidad, al diálogo interdisciplinario y de manera especial a la posibilidad de construir una sólida teorización sobre los actores sociales que, en el barrio, en la casa, en las pantallas, en los parques, en los periódicos, en el mitin, esperan, sin demasiada fe en el futuro, una razón que más allá del consumo y de las elecciones, los vuelva reales como ciudadanos, es decir, les otorgue un lugar en un mundo que afina sus garras y sus instrumentos para la exclusión.

La levedad de la huella ciudadana, exige la persecución nómada e itinerante de las formas diversas que ella asume.

Notas

1 MARSHALL, T.H. *Class, citizenship and social development*. New York. Anchor Books. Y, para un análisis empírico,

R. REGUILLO *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre, comunicación*. Universidad Iberoamericana/ITESO. Guadalajara. 1965.

2 RENATO ROSALDO *Culture and Truth: the remaking of social analysis*. Boston, Beacon Press. 1989.

3 R. REGUILLO, "El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada", en *Revista Análisis*. UAB, Barcelona (en prensa)

4 I. WALLERSTEIN IMMANUEL *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI/UNAM, México. 1998.